

## ELOGIO DE LA DUDA

*“Creer es muy monótono; la duda es apasionante”* (Oscar Wilde)

No es fácil mirar la obra de Fernando Sáez sin percibir ese ruido de fondo que desprende. Un ruido a la vez agudo y sordo. Parecido al chirrido de una puerta aunque continuo, permanente, inevitable.

A partir de aquí comprobamos cómo sus formas, construidas a base de trazos deliberadamente toscos, cultivan lo incorrecto. Contienen pinceladas que expresan gestos libres y desordenados, sin amarrar pero firmemente decididos a quedarse. Y otros dispuestos a estar solo un rato para luego desaparecer incorporados a una mancha más o menos equívoca y teñida de un color difuso, inestable, volátil, intermedio. Hay también líneas que dibujan contornos precisos mientras otras, obsesivamente repetitivas, texturan y rellenan. Y así van surgiendo las figuras, y los fondos, y toda una iconografía cuyas extrañas conexiones nos instalan en el absurdo y la paradoja.

*“El hombre que toma consciencia del absurdo ya no puede librarse de él”* (Albert Camus)

Una vez asumido todo esto nos damos cuenta de que Fernando Sáez tiene un pensamiento plástico, cargado de imágenes, fundamentado en ellas. Imágenes que condensan sensaciones, experiencias, obsesiones, sentimientos, preguntas, reflexiones... y que, con el azar como aliado, se van depositando en el lienzo una tras otra, sin un plan preconcebido, empujándose, ocultándose o asomando veladamente; a veces apareciendo por sorpresa como si se tratara de una broma que bordea los límites de la frivolidad: el cuadro como palimpsesto. El cuadro como un lugar lleno de dudas donde se añaden pegotes de ideas (imágenes) que solapan sin ningún pudor a las ya pensadas (pintadas), dejando entrever mundos llenos de extrañeza, enigmáticos en su indecisión entre lo figurativo y lo abstracto. Un mundo lleno de visiones emboscadas inmersas en un fluir de líneas y colores que ofrecen una apariencia inquietante y silenciosa...

¿Silenciosa? No. El ruido de fondo permanece. Sobre todo en los dibujos. Allí es donde el ruido suena más fuerte.

Porque Fernando Sáez siempre dibuja, aunque esté pintando.

Casi como garabatos de preescolar, sus dibujos nos hablan del fragmento: fragmentos de cuerpo (manos, cabezas, pies...), de vida (casas, lápices, tiendas de campaña...), de naturaleza (animales, llamas, montañas...). Garabatos que dibujan motivos que se repiten, versionan y reinventan una y otra vez. Se trata de la serie. El resultado es una sucesión de imágenes sacadas de lo íntimo. Imágenes que contienen un punto de amenaza y un algo poético. Y que también tienen algo de emblema en ese buscar el centro y colocar allí el icono, como en la heráldica de los escudos y blasones; como si de una imagen de marca se tratara, una seña de identidad.

*“Toda pintura es autobiográfica. Las propias imágenes son, en esencia, una autobiografía”*  
(Francis Bacon)

Pero son garabatos conscientes (buscados? intuitos?), de una caligrafía tan personal que, aún a pesar de su aspecto caótico, tratan de ajustarse al centro de cada papel buscando un todo

unitario y estable que, paradójicamente, se basa en lo aleatorio. Es decir, Fernando Sáez practica el “orden de lo desordenado”, creando una suerte de situación entrópica que, finalmente, describe su interés por el proceso, ese cierto placer de estar en el barullo para, paseándose por él, pensarlo, sentirlo y, finalmente, pintarlo (dibujarlo).

En definitiva, ideas, recuerdos y sensaciones que expresan el interrogante permanente de un artista que utiliza sus vivencias para sondearse a sí mismo y así desmenuzar la incertidumbre, descomponerla, examinarla...

¿Una suerte de catarsis? Sin duda la imagen de alguien que, explorando sin prejuicios las posibilidades liberadoras de la acción artística, se sumerge en un sinfín de alternativas.

*“El que nada duda, nada sabe”* (Proverbio griego)

A lo mejor el todo es la duda. Y quizás el ruido de fondo también. La duda como conflicto, la duda como terapia, la duda como enigma. El placer de situarse en la duda permanente y de colocar al espectador en esa misma posición, de enfrentarlo a lo velado: al final, el emblema es una trampa.

No hay zonas claras (ni evidentes) en la obra de Fernando Sáez. Sus imágenes nos obligan a aprender a pensar plásticamente. A descubrir qué hay detrás de sus veladuras, en medio de sus texturas, encerrado en sus *arrepentimientos*. A cómo acceder a lo oculto, a lo desconocido, como si de algo sagrado se tratara, como el velo que en el Templo de Jerusalén ocultaba el “Lugar Santísimo”.

De hecho hay algo de sagrado -siempre hay algo de sagrado en lo secreto- en ese plasmar sus imágenes de una forma vaga y fragmentada, en ese sin fin de iconos que definen su obra como una serie de series, cuya única intención es hacernos buscar certezas sin abandonar la incertidumbre, perseguir el orden sin renunciar al caos, intuir el todo sin olvidar las partes.

Quizás -sin duda- el todo es la duda. Porque la obra de Fernando Sáez es la obra de quien no está (ni quiere estar) seguro de nada.

Mercedes Espiau Eizaguirre